



*El pueblo de Figueras ante el cadáver de Alvarez de Castro (1810).*

*Archivo E. Rodeja.*

## **Alvarez de Castro en el Castillo de San Fernando**

*Por Eduardo Rodeja Galter*

El día 10 de diciembre de 1809, había caído Gerona con una gran dignidad, y su guarnición enferma y aplastada por el peso de tanto sacrificio se aprestaba a salir camino de Francia, camino interminable del que se desconocía su punto final. Era un día gris de invierno en el que hasta la naturaleza estaba triste, para sumarse a la tristeza de aquellos gloriosos gigantes, y en aquel valle de San Daniel tan alegre y lleno de color otras veces, los árboles goteando el agua condensada de la espesa bruma, despedían con sus lágrimas a aquellos defensores de su Patria que por desgracia habían tenido que rendirse.

Una columna compuesta de 2.783 hombres avanzaba lentamente camino de la Costa Roja y llegaba ya anochecido a Mediñá.

Y así avanzaría un día y otro día. El día 12 Figueras fue su meta, luego Bellegarde y, más tarde, Perpiñán. Aquí en la última lista pasada faltaban ciento cincuenta defensores de Gerona,

prisioneros, que seguramente amparados por los matorrales cercanos al camino habían logrado fugarse sin ser vistos de sus guardianes.

Según lo establecido en el pacto de capitulación, debían ser canjeados por otros tantos prisioneros franceses que habían sido internados en Palma de Mallorca, pero el pacto dejó de cumplirse y éstos, en calidad de prisioneros de guerra, tuvieron que pasar por vejaciones y penalidades hasta llegar al final de la guerra y que se estableciera la paz del año 1814.

Agotado y enfermo desde los últimos días de la gloriosa resistencia, el General Alvarez de Castro era conducido a Figueras en un coche, en compañía de unos religiosos acusados de conspirar y del Dr. Giménez, canónigo de la Catedral y principal redactor del Diario de Gerona durante el sitio. Un pabellón de oficiales del Castillo, cobijó al heroico defensor de Gerona. Se cuenta que a la entrada de este aposento un

edecán de Saint Cyr le dijo que su General deseaba servirlo en lo que pudiese, y fue la única atención que recibió.

A pesar de la enfermedad y de la gran debilidad contraídas a través de tantos sacrificios, el General se vio obligado a prestar extensas declaraciones a cuyas acusaciones francesas contestaba con el mayor espíritu y entereza: *Si ustedes son oficiales de honor, hubieran hecho, en mi lugar, lo mismo que hice yo.* Y con esta frase tan contundente respondía a todas las acusaciones de sus enemigos.

La alimentación que se le daba en el castillo era tan deficiente que no permitía resistir el delicado estado de salud del general; fueron precisas muchas gestiones para poder lograr que el asistente bajara a la población a adquirir lo necesario para hacerle un caldo en su propio pabellón, y para adquirir un colchón decente donde pudiera descansar.

Nueve días más tarde, a las dos de la madrugada del día 23 de diciembre de 1809, el mismo coche viejo y destartado que los había traído de Gerona, volvía a ponerse en marcha por el camino real en dirección a Perpiñán, escoltados y custodiados por dos piezas de campaña. Fueron conducidos, primero, a la Casa del Gobernador y luego al Castillet, en donde la habitación que les destinaron reunía tan malas condiciones que S. E. preguntó al comandante que les acompañaba: *«¿Es éste un sitio para alojar a un general? y ¿son ustedes que se aprecian de guerreros?»* A lo que el comandante evasivamente contestó: *«Patientia vobis necessaria est»*, y alegando que estaban allí en calidad de presos, les quitó las armas. Fué éste otro de tantos puntos incumplidos del pacto de capitulación que ya no sólo no fué respetado, sino que fué comentado con grandes burlas e ironías.

«Estos procedimientos tan lejos de lo estipulado determinaron a S.E. dirigir una carta al general Augereau, quejándose del trato que se les daba, y sobre todo que no se les hubiese permitido estar en Figueras, desde donde hubieran podido recibir algunos auxilios del general español, que mandaba el Ejército de Cataluña. Al día siguiente, a pesar de que S. E. tenía mucha fiebre, le fué preciso levantarse, por haber recibido una orden de marcha. Se nos presentó el propio comandante con algunos gendarmes. En la calle había tropa formando un piquete y mucha gente. Nos condujeron hacia la muralla. S. E. marchaba apoyado en mí y en el criado, y todas las apariencias indicaban que íbamos a ser fusilados. Los religiosos que habían salido de Gerona con nosotros nos seguían en dos filas. Y todo este aparato fué armado solamente para pasarnos revista.» (Fragmentos de las Memorias del ayudante del general.)



Fotografía antigua que ofrece testimonio de una de las decoraciones del acceso a la celda en que ocurrió la muerte de Alvarez de Castro. (Archivo Eduardo Rodeja).

Coincidían estas fechas con los días de Navidad. Qué tristes debieron ser estas Navidades para el general y para sus acompañantes, las últimas que el primero debía pasar con vida, entre aquellas tristes paredes, enfermo, encerrado en una inmunda estancia, con suelo de piedras puntiagudas, una cama indecente y un alcaide inhumano, avaro y brutal, que, encargado de su custodia, les reconocía dos veces cada noche apli-cándoles el farol en los mismos ojos.

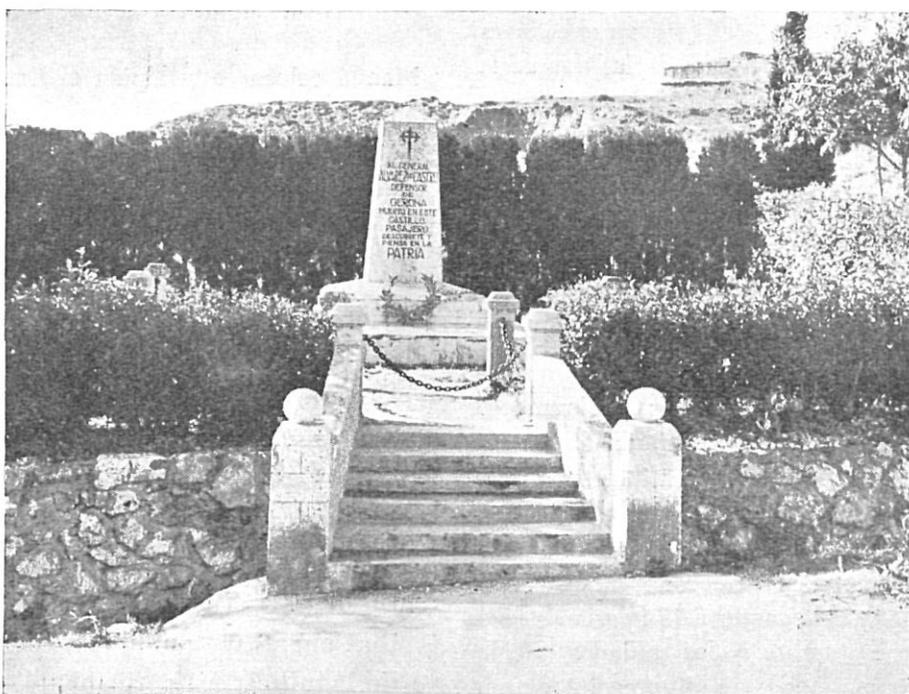
Las memorias de don Francisco Satué dicen

moda y limpia, guardada por dobles centinelas y gendarmes.»

A la mañana siguiente se presentó un oficial de gendarmes, el capitán de la escolta y dos o tres caballeros del país con algunos gendarmes, los cuales desplegando un papel nos dijeron:

«El general debe volver. El edecán, no.»

A lo que el general contestó: «¿Conque me hacen volver? Bien, mientras no me lleven al Castillet de Perpiñán, llévenme a donde les diere la gana.»



Monumento a la memoria del heroico defensor de Gerona construido junto al camino de acceso al castillo de San Fernando. (Foto Meli)

que el día de Reyes les sacaron nuevamente del calabozo y formados en dos filas junto con los religiosos salidos de Gerona los llevaron por el camino de Salces a Sitjan.

«A S. E. y a mí nos hicieron montar en un coche que habían alquilado por cuenta del general. Al ver que nos trasladaban, S. E. pidió su espada y yo mi sable, contestando que ya nos los darían.

»Ya anochecido, un pajar lleno de telarañas sin un banco siquiera fué nuestra habitación y acostados sobre aquella mala paja hubiéramos tenido que pasar la noche si nuestro bondadoso cochero no nos hubiese proporcionado cena, un catre, colchones, sábanas, dos sillas y una mesa.

»El día 18, dice, salimos para Narbona, en donde nos esperaba un gran gentío. Nos encerraron en una casa particular de buen aspecto, có-

Estas fueron las últimas palabras que Satué oyó pronunciar a S. E.

«El capitán-comandante me colocó a la cabeza del convoy de los religiosos y previniéndome que el asistente que era el único criado que podía servir a S. E. debía venir conmigo, fuí conducido a Embrun.» Así termina su relato don Francisco Satué.

El general fué conducido nuevamente al Castillet de Perpiñán y luego al Castillo de Figueras, donde murió. La impresión dominante, tanto en Figueras como en toda la comarca, fué de que el general había sido sacrificado bárbaramente.

Sobre este hecho se han contado muchas cosas. La estricta realidad nadie la sabe, y para acercarme a la verdad en todo lo posible me he de basar en una nota de la información mandada por el Gobierno español (según un oficio

del señor Bernardí, dirigido al señor Marqués de las Hornazas), que dice:

«El mismo me informa que encontró en una calle de Figueras a un fraile franciscano, llamado Rovireta, que al poco tiempo lo nombraron los franceses canónigo de Granada, que marchaba apresuradamente al Castillo donde iba a confesar al señor Alvarez, porque debía morir en breve.»

Puedo citar también una declaración del Rdo. don Sebastián Bataller, capellán mayor que fué del hospital de Gerona durante el sitio y ecónomo de la iglesia parroquial de la villa de Figueras, que dice: «Que la mañana del 22 o 23 de enero de 1810 le avisaron para enterrar el cadáver del general Alvarez. Que a cosa de las tres de la tarde del mismo día salió de la iglesia con tres sacerdotes y dos monaguillos y a pesar de haber la costumbre de recibir los cadáveres a mitad de la cuesta no pudo hacerle más honor en aquellas circunstancias que seguir adelante, entrando en el Castillo con cruz alzada, llegando al sitio donde estaba el cadáver que era muy adentro de la plaza a mano izquierda en un cuerpo de guardia oscuro y negro, que es el mismo en donde murió, según se supo después (seguramente es la pajiza situada a mano izquierda de las caballerizas que todavía se conserva intacta) que al cantar los responsos se presentaron el gobernador del Castillo, general Guillot, con unos diez o doce oficiales que acompañaron al cadáver hasta que fué enterrado. Que llegando a la iglesia se hizo la entrada de costumbre, y los soldados que lo llevaban sobre unas andas de difuntos, intentaron quitarle las sábanas en que estaba envuelto, y viendo que este gesto inhumano no causaba ninguna impresión al general Guillot y a sus acompañantes, alzó la voz y dijo: *¿Qué es esto? Hasta las fieras respetan los cadáveres. Si ustedes quitan la sábana yo lo envolveré en mi capa pluvial.*»

Para perpetuar la memoria del lugar donde murió el heroico general Alvarez se colocó primero una verja sencilla, con unos montantes de madera, luego se tomó un espacio mayor y se decoró con unas pinturas y en la visita que hizo al castillo S. M. el rey don Alfonso XIII, en junio de 1924, ordenó una nueva decoración a base de mármoles blancos y negros con unas lápidas conteniendo los famosos bandos que el general dictó

durante el sitio de Gerona y así se conserva actualmente.

Sobre la puerta de la pajiza se colocó una lápida que decía:

Murió envenenado en esta estancia  
El día 22 de enero de 1810  
Víctima de la iniquidad del tirano de Francia  
El Gobernador de Gerona  
D. Mariano Alvarez de Castro  
Cuyos heroicos hechos vivirán eternamente  
En la memoria de los buenos.

Mandó colocar esta lápida el Excmo Sr. Don Francisco Javier de Castaños, Capitán General del ejército de la Derecha.

En la chimenea del salón del pabellón del general gobernador existe otra en mármol que contiene un soneto que dice:

Anuncie el orbe lastimero,  
La destrucción del héroe más glorioso,  
La muerte del varón más asombroso  
Publique, pues, el firmamento entero,  
Libre España, la muerte de un guerrero  
Ilustre, sabio, justo y valeroso,  
Cuyo aliento ha cortado riguroso,  
Un déspota cruel, bárbaro y fiero,  
De General tan noble la memoria.  
En la milicia sea permanente,  
Expresa por el viento su memoria,  
El terrible cañón fúnebremente,  
Pues Alvarez murió con tanta gloria,  
Que mereció vivir eternamente.

• • •

Y, por fin, en lo alto de la cuesta del Castillo, muy cerca de las garitas que dan entrada a la fortaleza, un pequeño obelisco, mandado levantar también por S. M. el rey D. Alfonso XIII, en la misma visita citada anteriormente, contiene unas letras que dicen:

«Al General Alvarez de Castro, defensor de Gerona, muerto en este Castillo. Pasajero, descúbrete y piensa en la Patria.»